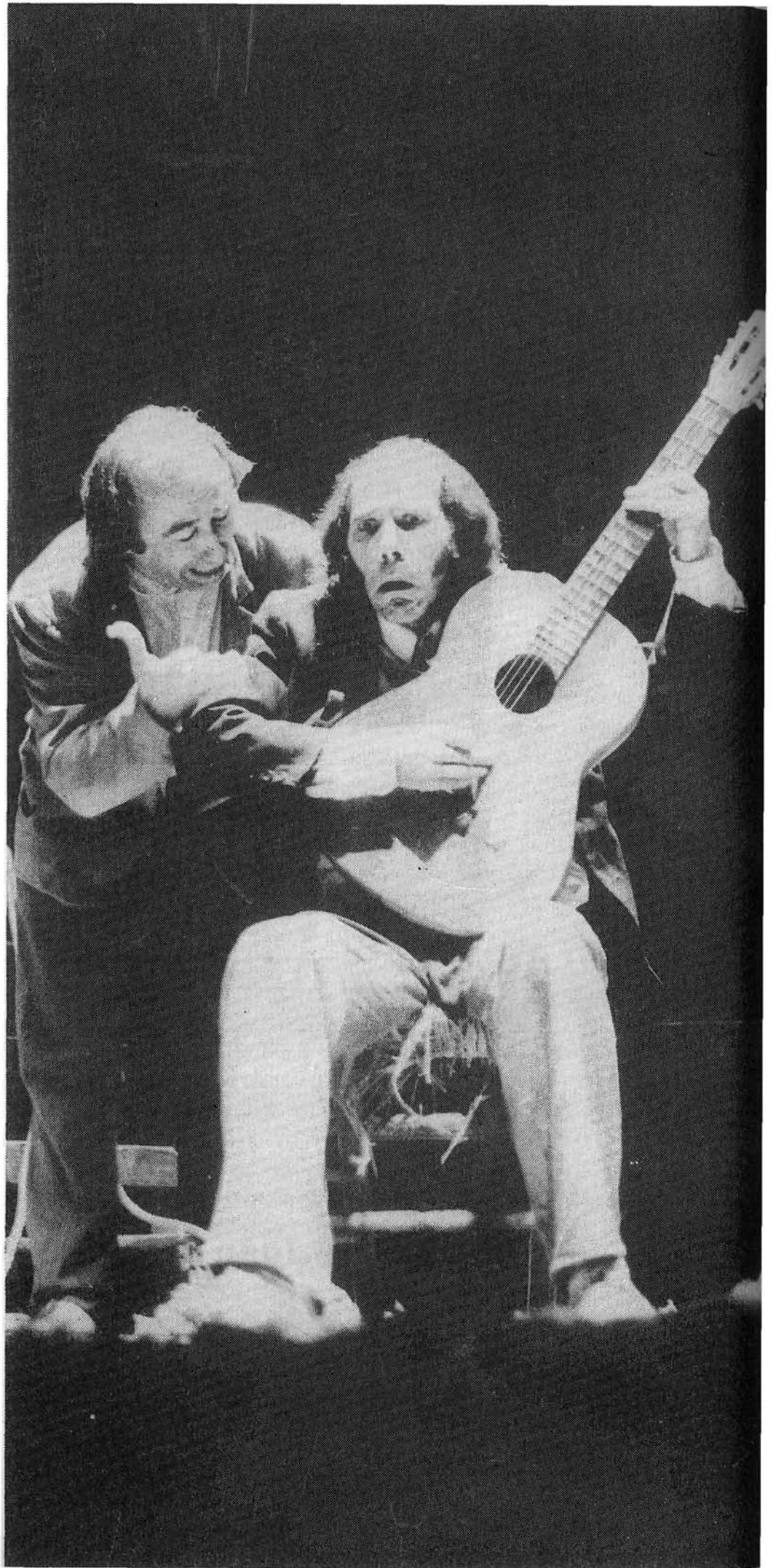


y la geometría; realismo filosófico —la calavera o los huesos de sus numerosos *vanitas*— y carcajada fúnebre convierten a los cuerpos y las cosas en espectros. Se ha dicho que Hernández es el pintor crítico del franquismo (condenándole a un tiempo pasado). Craso error: lo podría ser también de la Rusia zarista o de la soviética, de la Roma de Constantino y de la España de los Austrias. Antes he mencionado que Hernández es pintor de todos los tiempos, y tengo que matizar: lo es porque está insertado de manera radical en el nuestro, un tiempo crítico. ¿Se ha observado suficientemente que en Hernández no hay nostalgia? Sabe que no hay vuelta posible a nada y, tal vez lo peor, que no llegaremos a nada. Es pesimista y ascéticamente burlón. A diferencia del pesimismo del Barroco, el suyo no se acoge a sagrado. Su cielo está despoblado, o mejor: es inexistente. Su escenario pictórico es el muro, casi imperceptible a veces, reducido a un tono ocre, amarillo desvaído o siena tostado, donde se representan las «catástrofes del linaje humano». A este muro sonoro se acerca Hernández, no a lamentarse sino a oír la versión larvaria de la historia. En este sentido su obra es un revulsivo que desenmascara nuestras seguridades y hace estallar la limpidez de nuestras imágenes. Intranquiliza y, a veces, como la lectura de *La metamorfosis*, al mismo Kafka, hace reír. Quizá no sea ocioso reparar, ya que se ha mencionado varias veces, en que la voz *larva* viene de fantasma, espectro. La larva aún no tiene la forma reconocible que alcanzará en su estado de nacimiento, y Hernández pinta cuerpos que aún no son humanos o han dejado de serlo ya. Ante estos rostros y cuerpos se ha pensado en una actitud caricaturesca de Hernández. Sería necesario matizar esta observación. El caricaturista exagera ciertos rasgos en detrimento de otros; es, hablando con claridad, un exagerado. Lo que hace Hernández me parece distinto: metamorfosea. Sus transformaciones, esto sí es cierto, no llegan al extremo de que nos olvidemos de las analogías que guardan con los aspectos cotidianos de nuestras vidas, vistos generalmente éstos como naufragios del esplendor. La naturaleza humana es oro naufragado; es, al igual que en el cristianismo, naturaleza caída.

He utilizado a medias el título de la novela de Agustín Pérez Zaragoza¹ cambiando ciertos términos. Quizá su subtítulo definiría mejor ciertos aspectos de la pintura de Hernández: *El historiador trágico de las catástrofes del linaje humano*. Sin embargo, Hernández no pretende, como Pérez Zaragoza, escandalizar a señoritas, obviamente. Tampoco es verdaderamente un historiador, aunque sí un rastreador hechizado, un invocador del caballero del eterno retorno, que no es el tiempo sagrado de Mircea Eliade, sino el tiempo profano de la historia: lo que retorna es la muerte, la que ha sido expulsada de los absolutos y siempre vuelve. Es la larva que en el lar surge del fuego, es la máscara del gran teatro del mundo: la sombra fija que espía nuestros gestos.

Juan Malpartida

¹ Galería fúnebre de fantasmas y sombras ensangrentadas. Editora Nacional, Madrid, 1977. Edición y prólogo de Luis Alberto de Cuenca.



Una escena de la obra
Vinagre de Jerez, del
grupo *La Zaranda*.